

## REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 50.

### La mundialización y la apuesta intercultural.

Las culturas en el proceso de la mundialización.  
Edgard Weber

# Las culturas en el proceso de la mundialización

\*Edgard Weber

## APROXIMACIÓN CONCEPTUAL

El concepto de “mundialización” es sin duda uno de los que siguen suscitando actualmente los debates más vivos y contradictorios. Aceptado por algunos como una realidad ineludible e incluso natural de nuestro tiempo, denigrado por otros porque lo entienden como una uniformización del mundo impuesta por la única verdadera potencia actual, Estados Unidos, este concepto no deja de alimentar los debates aunque continúa sin ajustarse a las definiciones demasiado cerradas. Hoy por hoy, es en el campo económico donde principalmente el fenómeno de la mundialización aparece como más patente, y una de sus marcas visibles es la desregulación económica y financiera que no cesa de afectar a los países pobres, empobreciéndoles todavía más. En cambio, existen *super-trusts* industriales y multinacionales de toda clase que se han liberado desde hace decenios de la tutela de los estados y constituyen, actualmente, un poder gigantesco con el que más de un Estado debe contemporizar. La economía mundial tiene hoy sus leyes y está en condiciones de meter en cintura al poder político. La implantación de sanciones económicas y embargos debilita considerablemente a los tiranos y los sistemas tiránicos. El ejemplo más reciente de embargo es sin lugar a dudas el de Indonesia, a la que había que arrancar la decisión de intervenir en Timor Oriental con el fin de hacer reinar el orden y detener las matanzas de la población civil que votó la independencia en agosto de 1999. Es cierto que la gran potencia económica del momento sigue siendo Estados Unidos y la mundialización aparece claramente según sus detractores como una especie de americanización del mundo. El agente de policía americano no se contenta con hacer reinar el orden, es

decir su orden, sino que impone su modelo social, su visión del mundo, sus leyes sociales y su lengua..., en suma, se sustituye al Otro. Desde hace mucho, los perdonavidas de la Coca Cola lo saben y luchan para obtener una mínima mundialización. La bebida símbolo de Estados Unidos no oculta únicamente un argumento económico, sino que además, y tal vez sobre todo, un argumento político. La mundialización entendida como una americanización del globo aspira, por un lado, a la hegemonía económica y, por el otro, a la hegemonía política, llamada más comúnmente imperialismo americano.

## MUNDIALIZACIÓN Y CULTURA

Sin embargo, dicha hegemonía se realiza también en el terreno cultural. No es necesario demostrar ya la importancia de la lengua inglesa en las relaciones internacionales. El inglés sigue convirtiéndose en la lengua común de los cinco continentes. Este simple hecho pone de manifiesto que la mundialización afecta íntimamente la cuestión intercultural. Más que en todos los siglos del pasado, el nuestro, que ha visto establecerse la mundialización, de repente ha puesto en contacto a culturas muy distintas. La diversidad cultural está sometida a la dinámica de esta mundialización que algunos acusan de uniformización. Más que nunca asistimos a un movimiento continuo de difusión de los modelos de producción y consumo a escala planetaria, ligada a mundialización de las tecnologías e intercambios, además de unas profundas mutaciones económicas, sociales y culturales que conllevan un replanteamiento de los modelos de integración social. Dichas transformaciones se repercuten en el campo epistemológico de las ciencias sociales y éstas suscitan una renovación de nuestras concepciones en dicho ámbito. Por consiguiente, en un momento en que la mundialización se hace cada vez más palmaria e irreversible, las minorías pregonan también su existencia y reivindican más que nunca el reconocimiento de su entidad. Así pues, la mundialización no puede ser asimilada simple y llanamente como una uniformización que sustituiría a las culturas tan diversas del mundo, sino como un proceso infinitamente más complejo, que revela precisamente hasta qué punto el mundo está compuesto de diversidades coherentes, que ahora deben afrontar una nueva coherencia de vocación universal. La mundialización, para nosotros, no es una cultura que aplastaría a las culturas regionales, clásicas y ancestrales, sino más bien una nueva manera de ser que obliga al sujeto a situarse sin traumas ni frustraciones entre, por un lado, la coherencia de su cultura tradicional de origen, a partir de la que ha empezado a mirar el mundo y a adherirse a valores que estructuran su personalidad y, por otro lado, la coherencia nueva en la que lo empujan las tecnologías modernas universales y universal-

zables, que lo fuerzan a renovar su visión del mundo y a redefinir los valores que creía inmutables. Está claro desde este punto de vista que la mundialización lleva así al sujeto a plantearse la cuestión del relativismo cultural. ¿Qué vale realmente hoy mi cultura? ¿En qué puede ser un modelo para el Otro? ¿Lleva en su seno lo universalizable? ¿Sigue dando sentido a unas prácticas sociales en las que otros pueden reconocerse? Vemos en la rápida evocación de tales ejemplos que la mundialización sobrepasa con creces el campo específico de lo económico y se extiende al terreno político y cultural en el sentido amplio. Y parece corroborarlo el hecho de que el poder político va acompañado muy a menudo por una visión económica y viceversa.

## LA NECESIDAD ECONÓMICA

Pero volvamos un instante a la esfera económica, no ya técnica o tecnológica, sino la de la necesidad esencial de alimentarse. Desde siempre, el ser humano ha hecho y hace la guerra para apoderarse de la riqueza de los demás y para asegurarse el “bienestar económico”. La obsesión esencial del hombre primitivo, desde tiempos inmemoriales, ha sido encontrar su modo de subsistencia y garantizarse los territorios donde hallaba de qué vivir y, por tanto, sobrevivir. Así continúa sucediendo hoy con el ser humano moderno, cuya fundamental preocupación es la de comer. En la Antigüedad, mientras los humanos no dominaban los medios de producción y dependían aún y de lejos del fruto de la tierra, vivían en una situación de fragilidad permanente. Las catástrofes naturales que podían cernerse en cualquier momento, como la sequía o las inundaciones, provocaban a la mínima la hambruna y las enfermedades, que ponían en peligro la supervivencia misma del grupo. Asegurarse la comida, desde siempre, es pues la obsesión primera del ser humano. Y si hoy en día, hay grupos humanos que retoman la ruta de la inmigración hacia los países industrializados, es primero para comer. El trabajo es actualmente el medio pacífico para acceder a la comida, en las sociedades industrializadas. Antaño, los beduinos de Arabia empleaban la razzia, y los pueblos en general la guerra, para apropiarse de lo que precisaban. No obstante, las economías modernas, liberales y demás, no se conforman simplemente con dar de comer a las personas y responder a la necesidad primera de todo individuo: sobrevivir; se han convertido en sistemas complejos y cada vez más llenos de complejidades, que van más allá de las necesidades primeras de los humanos. La economía actual ya no se limita sólo a alimentar; produce riqueza por sí misma, produce dinero que engendra dinero. Este sistema, entre las manos de unos pocos privilegiados, no cesa de aumentarles el capital a medida que una enorme parte del planeta sigue empobreciéndose. Y la producción

de esta riqueza, en particular del dinero, precisa fundamentalmente de un mercado cada vez más vasto. Los poderes políticos modernos, tanto de izquierdas como de derechas, marxistas o liberales, producen pues bienes de consumo que, pese a estar destinados a un uso inmediato y necesario, desempeñan la función de dominar el mercado económico lo más amplio posible, para acumular así un capital cada vez más cargado. Ciertamente, Estados Unidos es hoy la verdadera potencia capaz de dominar el mercado internacional más vasto. Sin embargo, potencias militarmente menos fuertes como Japón u otros pequeños países de Asia pueden llegar a representar una formidable potencia capaz de imponerse en el mercado mundial. La economía actual de cualquier país industrializado aspira al mercado mundial. Hay mundialización en cualquier sector de la economía y cualquier productor de verduras o frutas desea participar en ese mercado mundial... para ganar dinero, de lo contrario su empresa se viene abajo. ¿Acaso es un bien o un mal? ¿Una economía puede incluso existir sin el trasfondo de la mundialización?

## MUNDIALIZACIÓN Y HEGEMONÍA POLÍTICA

Una vez más, desde un punto de vista cultural, precisamente, debemos preguntarnos si el fenómeno de la mundialización es una aparición reciente o si los humanos, desde hace tiempo, aspiran a ella. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y, más exactamente, desde la desaparición del famoso Muro de Berlín en 1990, la única verdadera potencia militar capaz de intervenir e imponerse rápidamente dónde y cuándo quiere, sigue siendo Estados Unidos. La Unión Soviética podía aparecer entre 1945 y 1990 como la segunda potencia capaz de rivalizar con la primera. Pero a partir de entonces sólo queda el brazo y la fuerza del tío Sam. La Europa de la moneda única a partir del año 2000 está aún lejos de representar una fuerza alternativa a la de Estados Unidos. La intervención directa de los norteamericanos en los conflictos europeos, hace medio siglo, podría hacer creer que la mundialización política es en efecto un fenómeno relativamente reciente. Sin embargo, no parece tan patente si interrogamos la historia humana en su conjunto. Desde tiempos inmemoriales, el individuo trata de imponerse no sólo a la naturaleza sino también y quizá sobre todo a sus semejantes. Hace aproximadamente 40.000 años, la victoria del Homo sapiens sobre el Neandertal y la eliminación definitiva de este último, provoca que el Homo sapiens represente la única especie humana aún en vida. Y los grupos que componen tal especie no cesan de enfrentarse e imponerse unos a otros. Del pueblo a la ciudad, de la ciudad a los reinos y luego a los imperios, el ser humano moderno inventa sin cesar "útiles" que le per-

miten extender su dominio sobre el mundo. La historia de las culturas y las civilizaciones está fundamentalmente marcada por esta voluntad de potencia y poder. Y los tiempos modernos sólo son la fase presente del mismo movimiento que se observa ya a partir de las agrupaciones humanas remotas de Mesopotamia. Cuando el hombre primitivo pasa del estadio nómada al sedentario, cuando incorpora a la recolecta, a la sazón su principal modo de sustento y subsistencia, la invención de la agricultura y la domesticación de ciertos animales, ya no se conforma con simples campamentos. Construye pueblos y éstos se convierten en ciudades. Los monarcas de estas ciudades antiguas, como lo muestra Mesopotamia con Lagash, Mari, Uruk, etc., extienden el dominio a regiones mucho más amplias que las ciudades. Se forman países, Sumer al sur de Mesopotamia y Asur al norte. Y pronto los monarcas de los “países” formados así entran en lucha unos contra otros y la eliminación de Uno por la dominación del Otro hace surgir los imperios. Así el imperio asirio llevará sus fronteras hasta Egipto. Egipto mismo, a partir del Nilo, se propondrá a lo largo de toda su historia, primero unificar la corona del Norte y la del Sur para formar un gran conjunto capaz de intranquilizar a los hititas de Anatolia y los mesopotámicos del Éufrates. Los asirios que se habían adueñado de todo Oriente Medio deberán ceder el sitio a pueblos más fuertes que ellos: los persas que, una vez más, invadirán Egipto y crearán uno de los imperios de la Antigüedad más potentes. Mas los persas caerán bajo los golpes de Alejandro Magno y el imperio griego cederá finalmente bajo el peso de Roma. Oriente Medio conocerá otras potencias no menos prestigiosas, cuyos jefes y monarcas sólo ambicionarán ensanchar las fronteras: el imperio árabe de los omeyas y los abasidas, antes de ser dominado por los mongoles de Gengis Jan, a su vez relevado al cabo de unos siglos por el inmenso imperio otomano que no se extinguirá hasta 1922. ¿Qué lección podemos extraer de tan rápida mirada panorámica sobre la historia? Desde siempre, el ser humano se impone al ser humano y la dinámica establecida por Estados Unidos hoy sólo es el reflejo de lo que otros “imperios” han querido siempre realizar. Si denunciamos y rechazamos la hegemonía americana, entonces deberemos denunciar primero todas las hegemonías del pasado, sin olvidar la conquista árabe a partir del siglo VII que conlleva, entre otros, la islamización y la arabización de Oriente Medio y África del Norte, en detrimento del cristianismo y de las lenguas prestigiosas como el arameo, el siríaco, el griego, el beréber, etc. Ante esta lógica, ¿debe considerarse como un imperialismo injusto o como una ventaja de los pueblos? ¿Las conquistas árabes fueron invasiones, fueron una forma de imperialismo, impuesta a poblaciones que no pedían socorro alguno? Para un musulmán convencido de su fe, tal pregunta resulta de lo más descabellada. La presencia árabe en Andalucía queda justificada para un musulmán con el deseo y la voluntad de propagar el Islam a los confines del mundo. Pero la Reconquista española por los reyes católicos queda justificada de la misma manera: ¡rechazar al invasor para imponer de nuevo la fe cristiana a las poblaciones sometidas por el Islam!

## DE LA COLONIZACIÓN A LA MUNDIALIZACIÓN

Con la infinitamente breve ojeada lanzada sobre la historia de Mesopotamia, vimos que los humanos pasaron de pueblos a ciudades. La agrupación de ciudades bajo el mismo jefe engendró reinos e imperios. ¿Acaso los tiempos modernos no parecen mostrarnos que ahora continentes enteros pasan bajo la dominación de un jefe? ¿Habrá que concluir pues que hoy como ayer el guerrero o el jefe posee las mismas ansias de imponerse a los demás, la misma voluntad de potencia? La diferencia entre ayer y hoy no radica en la visión ingenua de que ayer el ser humano era mejor y hoy se ha vuelto más malvado; diferencia, no la hay. Éste sólo ha inventado útiles más eficaces y mientras tal o tal otro era el único que poseía el arma eficaz, supo imponerse a sus semejantes. Los norteamericanos no son más malvados que los asirios de Nabucodonosor; tienen armas que les permiten imponerse masivamente a personas no tan bien equipadas. Si los asirios hubieran podido, si los romanos hubieran podido, si los árabes pudieran hoy, se habrían adueñado de toda la Tierra. Habrían, tanto unos como otros, globalizando la Tierra sin esperar a los norteamericanos. Tras las grandes potencias de Oriente Medio, Europa se despierta globalmente a partir del siglo XV, en el Renacimiento, en particular España, Holanda y Portugal. Por otro lado, Francia e Inglaterra no acentúan su dominación colonial hasta después de la Revolución Francesa de 1789. La potencia de estos países se transformará en verdadera potencia colonial a partir de la invención de la industria pesada del siglo XVIII. Las grandes potencias coloniales vivieron con el siglo XX, pero a la sazón, unidades más fuertes que simples Estados-nación ven por primera vez la luz: son principalmente los Estados Unidos de América y Rusia, que se transforma en la Unión Soviética. La aceleración de la historia a partir de la Segunda Guerra Mundial proyecta sobre la escena internacional a países como Japón, que estaba aún en la Edad Media a principios de este siglo XX. Las últimas décadas parecen demostrar que los países de Extremo Oriente desempeñarán en el porvenir un papel nada desdeñable. Y muy recientemente, para hacer frente a estas nuevas potencias más económicas que militares, se constituye con muchas dificultades una Nueva Europa. Con el desmoronamiento de la Unión Soviética a partir de los años noventa, Estados Unidos se presenta como la única gran potencia económica y militar capaz de intervenir dónde y cuándo quiere para salvaguardar sus intereses vitales. Asimismo, desde hace más de medio siglo, Estados Unidos ha propagado por doquier en todos los continentes su propia visión del mundo y su modelo económico. Esta hegemonía, que se traduce hoy en el ámbito financiero y económico, por un lado, pero también en el terreno cultural y artístico, por el otro, viene siendo puesta en tela de juicio por pequeños estados que buscan de nuevo un lugar en la escena internacional. Nos referimos en concreto a Irán, que rechazó al Gran Satán de forma espectacular. En la estela de Irán, numerosos países del Tercer Mundo o países en desarrollo se sublevaron contra esta potencia americana.

## LO CULTURAL COMO JUSTIFICACIÓN

Es una perogrullada decir que el ser humano es fundamentalmente un conquistador, que la cultura de unos siempre trata de imponerse a la de los otros. El conquistador, cualquiera que sea el momento o el lugar, siempre tiene buenas razones para imponerse a los demás. Los asirios pensaban que su conquista era la expresión de la voluntad de los dioses, de Asur, en particular. No cabe duda de que eran sinceros y podían justificar así horribles matanzas, gracias a un principio superior. Los incas de América arrancaban el corazón a los prisioneros para permitir a su rey sol alzarse. Las religiones monoteístas invocan igualmente una voluntad divina para evangelizar e islamizar el mundo. El período colonial del siglo XIX justificaba la ocupación blanca de África en nombre de la “civilización”. Napoleón quería imponerse a Europa en nombre del espíritu revolucionario de 1789; Hitler quería dominar Europa y el mundo en nombre de la pura y prestigiosa cultura germánica. Por fuerza se impone esta constatación tan simple: Sargón, Nabucodonosor, Ramsés II, Ciro, Alejandro, César, Omar, Solimán, etc., estuvieron todos ellos al mando de sendos imperios que ansiaban aplastar el poder de los monarcas rivales porque se creían superiores a los otros, y dicha superioridad les venía por sus dioses, considerados superiores a los dioses de los demás. Actualmente ya no nos hallamos ante un enfoque religioso del mundo, por lo menos en Occidente, pero la superioridad cultural, a menudo no confesada, permanece una certeza para muchos. Cada conquistador se ha impuesto en el mundo con los medios de sus tiempos y a medida que surgen medios militares más perfeccionados, los monarcas se dejan derrotar por otros más fuertes que ellos. ¡Y una tierra se deja colonizar cuando se vuelve colonizable! Por fuerza nuevamente hay que constatar que, en esta insaciable voluntad de poder, ninguna cultura se plantea la cuestión de la cultura del Otro, cada una se toma superior a la Otra, como si el logro militar fuera el signo enviado por los dioses sobre la superioridad cultural del nuevo monarca. Debe añadirse a este cuadro desilusionador acerca de las motivaciones interiores del hombre, que todo pueblo, todo Estado que tiene los medios, no vacilará ni un momento en imponerse a sus vecinos incluso en las fronteras más remotas. En suma, se trata aquí de reconocer la eficiencia de los medios y que el que posee los más competentes, los utiliza en detrimento de los más débiles. En los diez últimos años del siglo, los Pinochet, Jomeini, Saddam Hussein, Milosevic, etc., de haber tenido verdaderamente los medios para cumplir su ambición, se habrían comido sin escrúpulos Sudamérica, Oriente Medio, Oriente Próximo y Europa Central respectivamente. ¿Qué significa pues la denuncia de la potencia americana? ¿Una voluntad de poner fin a todas las hegemonías? ¿O una reivindicación sorda e indirecta de la propia hegemonía en detrimento de las Américas?

## MUNDIALIZACIÓN Y MODERNIDAD

La Antigüedad y la Edad Media vieron nacer imperios, dueños y tiranos. La arqueología atestigua desde hace 4.000 años su gloria pasada, su logro de aquel entonces, sus poderes de destrucción y de construcción. Pero con el siglo XVIII parece darse un giro decisivo. El conquistador occidental, sobre todo el español, el portugués, el holandés, el francés y el inglés, no se conforma con imponerse por las armas. Anuncia al mismo tiempo un proyecto noble y se otorga en cierto modo una misión, que denomina civilizadora y tilda de universal. Es el comienzo de la gran epopeya colonial, bajo sus distintas formas, en la que Francia e Inglaterra desempeñaron quizá el papel principal. El colonizador de los siglos XVIII y XIX pretendía ser algo así como un humanista y vinculaba su proyecto a otro concepto fundamental, a saber, la modernidad. La modernidad, siempre tan difícil de definir, conmocionó las culturas antiguas y sigue trabajando exhaustivamente regiones enteras del globo. La tecnología que establecerá no cesa de imponerse a la pericia tradicional. La modernidad, con sus medios técnicos y tecnológicos de inigualada eficacia, ha arrastrado al mundo a unas mutaciones sociales y civilizacionales sin precedentes, tan fuertes, que tomó completamente desprevenidas a antiguas civilizaciones como por ejemplo la civilización árabe, provocando unas crisis de identidad tan radicales y violentas como inesperadas. La velocidad a la que los cambios radicales se impusieron al mundo en el ámbito de la economía, el poder, la enseñanza, los muros, la religión, etc., no pudo ser aceptada por todas las culturas. Si Japón se toma como país moderno y si ha logrado en parte adoptar las técnicas del mundo occidental, otros países, como la mayoría de los países árabes, aún les cuesta mucho seguir el ritmo de las mutaciones introducidas por la modernidad. Los desequilibrios sociales y las desigualdades de toda clase que la modernidad ha ocasionado en estos países han provocado a su vez una reacción inesperada. Por un lado, se han achacado a Estados Unidos los desastres causados por la modernidad y a ojos de los iraníes jomeinistas, Estados Unidos no podía ser más que el Gran Satán establecido en el mundo. Europa, por su parte, se convertía en el pequeño satán, no menos perverso que su hermano mayor. Pero mucho antes que la reacción jomeinista de los años ochenta, en Egipto los Hermanos musulmanes se habían opuesto a la colonización europea y a los que, entre sus semejantes, la aceptaban o la apoyaban. El mundo árabe, chocado por la modernidad y la intención colonizadora, buscará en parte en el Islam o con más precisión en el islamismo una respuesta a este nuevo tipo de agresión. Las corrientes islamistas como el wahhabismo saudita, los Hermanos musulmanes de Egipto, el jomeinismo iraní, el FIS argelino, el Tabligh de obediencia paquistaní, los talibanes de Afganistán, etc., y muchas otras corrientes fundamentalistas tienen todas en común el rechazo a Occidente y la reivindicación de un Islam que se impone al individuo en todos los sectores de la vida. Esta reacción, a menudo mal comprendida en Occidente, es ante todo una tentativa para redefinir su propia identidad, que la modernidad pone duramente a

prueba. La definición se realiza a partir de los valores de un pasado idealizado para imponerse al presente y al futuro como una continuidad de tal inmutable pasado. Por consiguiente, el Islam no precisa modernizarse, es la modernidad la que debe islamizarse de forma imperiosa. Para llevar a cabo dicha islamización universal, los detractores de Occidente se valían de unos medios cuyas múltiples implicaciones sin duda ignoraban. Empleaban sin vacilar los medios de comunicación que utilizaba Occidente para darse a conocer. Asimismo, al servirse de los medios de comunicación, se inscribían sin saberlo en la dinámica de la modernidad y acentuaban su propio malestar.

## MUNDIALIZACIÓN Y COMUNICACIÓN

Los tiempos modernos, y sobre todo las últimas décadas, han acelerado este movimiento de una forma asombrosa en el ámbito de la imagen y la comunicación. Las nociones de espacio y tiempo han sido literalmente abolidas por las técnicas audiovisuales, informáticas y de Internet. A partir de ahora, el ser humano puede seguir el “acontecimiento” de forma instantánea, gracias al reportaje en directo y una cámara. Internet difunde actualmente la información y la imagen a todos los confines del mundo. Lo virtual forma parte desde ahora de nuestro cotidiano, hasta tal punto que a veces cuesta establecer una distinción entre lo real y lo virtual. El acceso tan masivo y directo a la información y el saber modifica y modificará profundamente nuestras culturas. ¿Habrá que lamentarlo o será una oportunidad para acceder a más verdad y a menos manipulación, para escapar también de los dogmatismos ciegos? Con los medios de comunicación cada vez más sofisticados y perfeccionados, el individuo tendrá acceso a un caudal inaudito de información. La imagen de las otras culturas acabará invadiendo el campo de la información generalmente ocupado por los guardianes fanáticos de una sola cultura. A menos que se confisquen las antenas parabólicas y los televisores, como tratan de hacer los talibán afganos, la imagen y las imágenes acabarán franqueando todos los rincones del planeta. Terminarán hablando por sí mismas mucho más que todas las prédicas de los conservadores y los recelosos de la modernidad. Toda la cuestión reside en saber si una cultura debe permanecer cerrada en sí misma evitando los contactos con la Otra o si por el contrario debe alimentarse con las Otras para vivir más. Han muerto culturas enteras, han desaparecido civilizaciones enteras: la sumeria, la acadia, la egipcia, la griega, la romana... Unas murieron al engendrar otras, otras murieron sin dejar descendencia. Las inscripciones y pinturas rupestres del Sáhara, por ejemplo, testifican que África conoció grandes culturas pasadas. Pero no sabemos casi nada de su historia. La historia humana demuestra también que han desaparecido culturas por entero o en gran parte bajo los golpes asestados por una

cultura más fuerte. Asimismo, podría observarse que los romanos se impusieron a los galos hasta hacer desaparecer su lengua; los árabes se impusieron a las culturas de Oriente Medio y borraron casi por completo la cultura y la lengua siríaca de los pueblos sirios; y si en Persia no hubiera habido un florecimiento cultural, la lengua iraní tampoco existiría ya. Se impone pues otra pregunta candente: ¿hay que salvar una cultura a toda costa? ¿Acaso una cultura no puede volverse contra el ser humano? ¿Había que mantener los sangrientos sacrificios de los prisioneros incas sólo porque formaban parte de la cultura inca? ¿Había que cultivar la antropofagia africana sólo porque formaba parte de la cultura africana? ¿Hay que continuar la excisión femenina sólo porque forma parte de las costumbres antiguas? ¿No será que hay que salvar una cultura porque aporta algo al ser humano universal, porque es capaz de reforzar y animar positivamente la universalidad del hombre? ¿O porque obra positivamente para la mundialización del hombre? Tales ejemplos demuestran que en una cultura no todo es globalizable. Asimismo, hay que tener el valor de reflexionar sobre las prácticas inhumanas. Antaño el Islam se sublevaba contra la práctica beduina anteislámica del entierro de las niñas vivas, pero en nombre de la costumbre islámica, Arabia Saudí y otros países musulmanes siguen cortando la mano al ladrón y lapidando a la adúltera. Estados Unidos, al contrario de Europa, aplica la pena de muerte. Las mentalidades no evolucionan al mismo ritmo y hay países que se consideran de una modernidad total y permanecen, al mismo tiempo, ciegos ante su propia barbarie.

## MUNDIALIZACIÓN Y RELIGIÓN

Con el advenimiento del cristianismo hace 2.000 años y del Islam hace 1.400, la religión dio un paso decisivo sin duda jamás soñado por la Antigüedad. Ambos monoteísmos, además de sentirse como única religión verdadera y rechazar toda otra forma de expresión religiosa, pregonan claramente su voluntad de universalización. Su proselitismo y su función misionera no han cesado desde su invención. Imponerse al mundo entero forma parte intrínseca del objetivo mismo de la fe que implantan. Sin embargo, para un creyente cristiano o musulmán, ¿qué hay más meritorio que expandir el cristianismo o el islam, es decir, mundializar su propia experiencia religiosa? Constatamos también que la religión se apodera hoy de los medios de la mundialización virtual. La religión está en Internet y todas las sectas, cualesquiera que sean, pueden hacerse oír. Ambas religiones citadas, cuyo número de fieles, en cada una, sobrepasa los 1.000 millones, constituyeron al principio un pequeño grupo, incluso unos disidentes con relación a la cultura y la religión de su entorno. La religión monoteísta es por definición mundialista y universalista. Una vez más, ¿es acaso un bien o un mal? La mundialización de ambas reli-

giones monoteístas produce igualmente un fenómeno que debe atraer nuestra atención: a pesar de la monopolización de la verdad religiosa que el cristianismo y el islam reclaman, hay que constatar que tal monopolio sólo es formal, ya que tanto en el cristianismo como en el islam, existen corrientes, sectas, cismas, escuelas, etc., cuya divergencia va del simple matiz a la profunda ruptura. Se podría incluso pensar que la mundialización, toda forma de mundialización no puede evitar este desmenuzamiento concreto.

## EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Nos parece ingenuo querer denunciar la mundialización como el mal último del milenio y nos parece igual de ingenuo creer que la mundialización nos llevaría al pensamiento único. El pensamiento único es ante todo el hijo único de los regímenes dictatoriales, ya sean políticos o religiosos y en este último caso, se trata de dogmatismo. El pensamiento único ha existido en todos los tiempos. Nos parece más bien que de momento es en los regímenes democráticos e incluso laicos, donde el individuo puede eludir mejor el pensamiento único, aunque los regímenes democráticos rocen a veces la tentación del pensamiento único. ¿La mundialización es uniforme o uniformadora? Debe plantearse la pregunta a toda cultura local o nacional. ¿Qué hace el poder político tradicional de las minorías que la componen? ¿Acaso no existe a veces una folklorización de la cultura? ¿Qué se quiere salvar cuando se quiere salvar una cultura? ¿El horizonte último no es acaso directamente el ser humano y no las ideologías? Entonces, el horizonte último no aspira a un individuo encerrado en un pasado-presente sino al del pasado, del presente y del porvenir, es decir, al individuo que sin renegar de sí mismo y sin renegar de sus valores permanece capaz de innovar, crear e incluso promover valores nuevos. La persona de la que hablamos es evidentemente la que vive en la aldea planetaria, la que opina que la mundialización está hecha para suscitar nuevos desafíos y que considera el cruce inevitable de las culturas como un enriquecimiento. Este individuo debe comprender que las culturas no son identidades inmutables, sino que son todas ellas relativas. Debe comprender también que la cultura, toda cultura está condenada a morir, transformarse, evolucionar. Esto es difícil de aceptar porque simboliza la muerte y la desaparición de cada cual. Lo que nos distingue a nosotros, los contemporáneos, de los siglos precedentes es que los cambios culturales, debido precisamente a la asombrosa aceleración de los ritmos de vida que menciona Töfler, son apreciables por el individuo durante su propio trayecto vital. El individuo se da cuenta de las evoluciones de su propio entorno y de su sociedad. La impresión de un mundo estable en el que la estabilidad forjaba una ilusión de verdad ya no existe en la dinámica de la modernidad. Esta fragmentación de los valores tradi-

cionales obliga al individuo a encontrar otras referencias que le den sentido. Y tales referencias son esencialmente las de un mundo plural, multiétnico, en que los cruces culturales se harán cada vez más fuertes. Esto ya se ve claramente en el arte, la música, la pintura, el baile... lo es en el arte culinario, lo será en los demás sectores de la actividad humana. El mundo que no es más que esta pequeña naranja azul abre desde ahora sus puertas a un formidable mestizaje, a una formidable hibridación según el término de Daryush Shayegan. Las culturas están destinadas a formar un mosaico que armoniza según dos proposiciones contradictorias: por un lado, revela una yuxtaposición de piezas perfectamente autónomas unas de otras, tanto por su tamaño como por su color. Una pieza separada, aislada, no tiene mucho valor en sí misma, no es más que un fragmento de piedra que carece aún de sentido; por otro lado, estas piezas, tan independientes, adquieren de repente un valor extraordinario porque contribuyen a una armonía inesperada al crear un conjunto maravillosamente coherente. Es precisamente la diferencia de las piezas, al principio, la que forma y crea este conjunto coherente. La mundialización nos llevará a tomar consciencia de que las culturas locales no deben tirarse como si fueran una pieza inútil. Al contrario, deben conservarse porque pueden contribuir a la construcción de un mayor conjunto que dé una nueva armonía a cada cultura y la vuelva por ello fundamental. La diferencia entre las piezas del mosaico y las culturas reside en el hecho de que las piezas están muertas, contrariamente a las culturas, que siguen capaces de evolucionar y de cambiar profundamente. Una cultura que no quiera adaptarse al mundo está condenada a ser abandonada como estas piezas que no pueden servir de nada. La cuestión es entonces saber aún si tal o tal cultura está dispuesta a formar parte del mosaico mundial para dar más sentido al mundo. ¿Ofrece al mundo y a las demás culturas una aportación globalizable? Si el reconocimiento del ser humano y sus derechos, de todo ser humano y de todos los seres humanos, se convirtiera en el horizonte último de la aldea planetaria, ¿no sería la mundialización una oportunidad para que el ser humano ya no fuera un lobo para el propio ser humano?

#### Referencias bibliográficas

- Domenach, J. L. (1993) "L'Asie: d'une mondialisation à l'autre" y Chesneaux, J. (1993) "De l'est-ouest au nord-sud, du nord-sud au planétaire", *La Quinzaine littéraire*, août.
- Esprit* "Le choc des cultures à l'heure de la mondialisation", avril, 1996.
- Gilbert L. (1994) "Maîtriser le libre-échange", *Economica*.
- Huntington, S. (1997) *El choque de las civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
- Reich, R. (1992) *The Work of Nations*, Nueva York.
- Revista CIDOB d'Afers internacionals*, 43-44, Barcelona, 1998, en particular el capítulo II: "Procesos de cambio en las dinámicas de la identidad".
- Töffler, A. (1993) *El shock del futuro*. Barcelona: Plaza & Janés.